

## ANÉCDOTAS DE MI ADOLESCENCIA

# LA CACERÍA DEL VENADO EN COMALAPA

*¡El que con chavalos se acuesta, amanece orinado!*  
Refrán popular

Al tío **Nacho Duarte Enríquez**, guitarrista y cantautor.

Los vehículos motorizados con tracción delantera partieron al rayar el día desde la Capital entonando canciones del solar nicaragüense y llegaron cruzando el río Cuisalá al pueblito de Comalapa, se reunieron directamente en la residencia del Tío **Ignacio Duarte Enríquez**, el más joven de los varones de mi recordada y muy querida abuela materna, doña **Gregoria Enríquez Vargas de Duarte**. Encabezaba la delegación de managüenses el Doctor **Hernando Santos Berroterán**, apreciado abogado y esposo de una hija de Comalapa, doña **René Vargas Robleto**. Luego los vehículos empolvados se estacionaron en frente de la casa colonial antigua, -de tejas viejas que conservaban en su superficie la luz y oscuridad del caserío, con su amplio corredor con columnas de madera labrada, empedrado y embaldosado,- la casona familiar de doña **Leticia Ignacia Robleto Enríquez Vda. de Vargas**, su suegra.

Después de los ruidosos y expresivos saludos se les distribuyeron los engalanados caballos que se les habían preparado. La batida sería del venado color marrón que era arisco porque se combinaba perfectamente con su entorno, pero que se encontraba generalmente en busca de agua en la montañita de la quebrada del río que abastecía del preciado líquido al pueblo, finca del tío **Demetrio Duarte Enríquez**. Varios rastreadores guías del lugar aventarían la caza hacia las lomas donde el grupo de cazadores estarían distribuidos en aquellas veredas donde transitaban los ciervos.

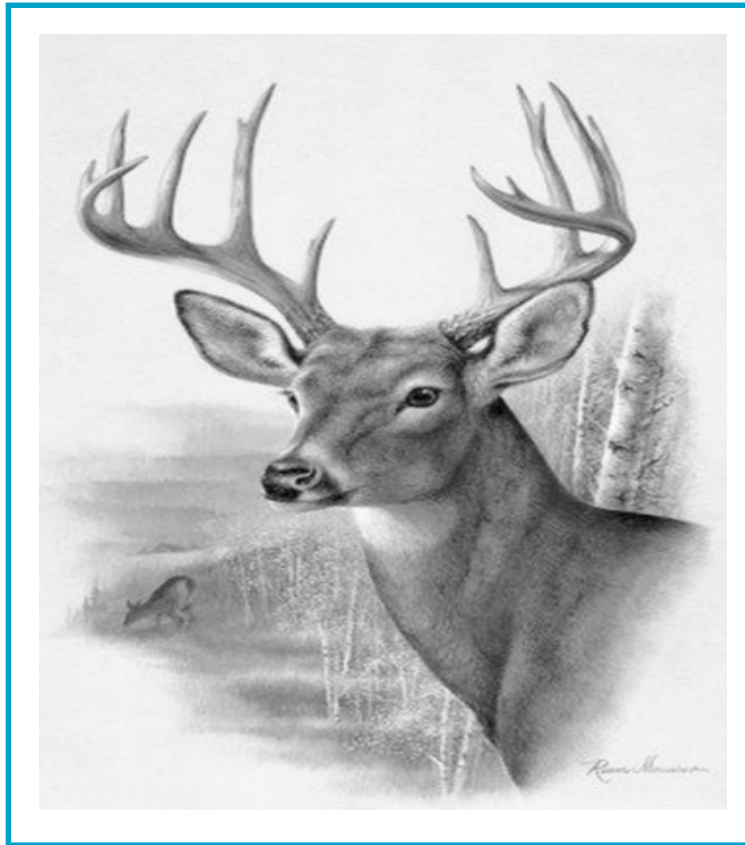
Como siempre yo era el más pequeño de los tiradores, tendría uno nueve o diez años de

edad, pero me había distinguido por mi magnífica puntería y el tío **Nacho** disipó las dudas de los visitantes en mi habilidad para desempeñarme con acierto si se me aparecía un blanco. Nos pusimos en camino montados en nuestros corceles. Bajamos la pendiente del río y desde allí el camino se bifurca: los que arreaban se adentraron sobre el cauce del río y como a cada doscientos metros se separarían para pasada una media hora iniciar el levantamiento de la presa haciendo mucho ruido con gritos como relámpagos que expandieran el sonido, moviendo y agitando la hojarasca seca del verano intenso que reverberaba y producir la huída de los animales. Los caballistas nos internamos en la montañita áspera. Junto con **Juan**, un campista montañero que le trabaja al tío **Nacho** nos asignaron en el primer gancho de camino el inicial puesto de observación. El bosque bajo los efectos del intenso viento seco y cálido estaba bastante árido y ralo en la espesura. Los otros tiradores prosiguieron cabalgando sobre el camino del abra levantando un ligero polvo y se perdieron en el primer recodo.

Al rato, de cuando en vez, oíamos los gritos y los ruidos que producían los exploradores mientras recorrían el esquelético lecho del reducido caudal del sedimento afluente.

¡Esperábamos! Quise entablar conversación con **Juan** y me aconsejó que fuera mejor que guardáramos silencio que los ciervos se espantarían si nos oyeran aunque fuera susurrar. ¡Esperábamos! El sol ya se sentía fuerte y el calor subía la temperatura dentro del cobijo de los dispersos árboles. Inmóviles, sudorosos sobre nuestras albardas que las cabalgaduras movían al ritmo de su resollar, esperábamos.

¡Y esperábamos! Pasaba el tiempo sin detenerse, no oíamos nada, solo muy de cuando en cuando un ¡hipiihay! ¡hipiihay!, enviado por los baquianos.



Sobre el caluroso y abrumador silencio el aleteo esforzado y brusco de un ave nos llamó la atención, levanté la cabeza, una paloma de Castilla venía batiendo sus alas fogosamente y se acercaba veloz, creí que pasaría de largo, pero no, no fue así, la palomita de color plomizo, blanco pecho y adulta, deteniéndose tomó posesión de una rama larga en un alto cedro. El árbol donde se había posado, orgullosa y garbosa el ave crecía al borde de un precipicio y calculé como unos cuarenta o cincuenta pies de nuestros caballos la distancia en que se encontraba. No pasaba nada. El silencio volvió, seguía siendo absoluto, ni la tórtola, **Juan** y yo nos movíamos, esperando ansiosos el anunciado crujir de las hojas secas de la barranca presintiendo la llegada del astado.

¡Esperábamos! ¡Nada!

El sol seguía subiendo y sudábamos a mares. La torcaz con niveo buche, soberbia, seguía maliciosamente fundida a la arboleda, mimetizado, como cuando las loras mueven la cabeza queriendo hacernos creer que están oyendo.

¡Caramba, yo era un muchacho! ¡Me cansé! Me dejé llevar

por mi inexperiencia e impaciencia. Me bajé lentamente de mi montura y revisé mi rifle .22 que **Hernando** me había prestado. Días antes, en la frondosa Cordillera del Amerrisque había demostrado mis habilidades de magnífico tirador, el Tío **Nacho** me elogiaba, esa mañana de cacería quedé fascinado por el rifle .22 niquelado en acero plateado que traía **Hernando** y él al notarlo me dijo -Te gustaría blanquear con esta maravilla-, -Claro, claro que sí, murmuré rápidamente-

Al descender de mi cabalgadura **Juan** me miró sorprendido, en sus ojos toda la filosofía de quien ha vivido con la naturaleza y la humana también, pensó: -¡Ya se orinó el chavalo, ni paloma, ni venado!-

Coloqué el rifle sobre la albarda del caballo e inicié la afinación para el disparo. Los segundos pasaban. Tomaba puntería. La mirilla del arma subía y bajaba conforme el rocío respiraba lentamente, subía y bajaba. El ave quieta, indiferente, el brillo blanco era una tentación.

¡Disparé! El pichón alzó violentamente el vuelo, muy agitada, sorprendida y perseguida

por los ecos escandalosos del disparo del arma, frenéticamente aleteaba tratando de fugarse en dirección errática y sin balance, pero tratando de perderse del eco amplificado que se estrellaba de árbol en árbol y enviaba la señal de que un acechador había disparado su arma. ¡Todos creerían que la trampa para el venado había funcionado! El pájaro seguía alejándose, yo la miraba anhelante, sorprendido de su huída, ansioso por que quería tomar altura.

Fue cosa de segundos. De pronto en seco dejó de volar. Se desplomó en forma vertiginosa y pasó por entre las ramas cayendo al fondo de la quebrada. No esperé, me deslicé detrás del ruido y del golpe seco del alado contra la hojarasca, resbalándome sentado y agarrando malezas, matas y ramas recorría rápido la árida pendiente buscando anhelante la presa con ansiedad, de pronto, entre el polvo y el rodar de las piedras producido en mi caída la encontré, la miré encogida, recogidas sus alas, la cabecita de lado y el pico ensangrentado, yacía sobre una losa. No se movía, la tomé en mis manos y al revisarla tenía en medio del pecho blanco el orificio rojo de entrada de la munición.

Subía afanosamente la cuesta eufórico y feliz de mi puntería agarrándome de los rastrojos y matorrales, sudoroso y agitado cuando comenzaron a llegar apresurados los experimentados guías y sus invitados a la montería, todos llegaban excitados y anhelantes esperando deleitarse con un hermoso venado con robustos cuernos, pero sus rostros, al acceder al sitio, se llenaban de estupor sufriendo en silencio una severa decepción al ver la presa ensangrentada y desfallecida que mostraba como trofeo.

**Aldo A. Guerra Duarte**  
Anthem, Arizona, USA  
Revisado este domingo 29 de Noviembre, 2020